

chantaje de la deuda y estas medidas de austeridad que son como una pesadilla? ¿Cómo defendernos contra la violencia?

En primer lugar, tenemos la acuciante necesidad de no quedarnos solas. Necesitamos ayuda, la solidaridad activa de los movimientos sociales y feministas de Europa. Todas y cada una de nosotras, en nuestros respectivos países, debemos luchar contra las mis-

mas políticas liberticidas de austeridad, inspiradas y aplicadas por los mismos enemigos.

En suma, debemos resistir todas juntas, por encima de las fronteras nacionales.

Sí, hay que decirlo alto y claro: debemos construir un gran movimiento feminista europeo contra la austeridad, pero también contra la deuda ilegítima, que está en la raíz de nuestras desgracias.

Ser mujer en un Mediterráneo en plena mutación: desafíos para la democracia

Briseida Mema. Periodista, Albania

La victoria de la albanesa Anida Farrici sobre el candidato de derechas en las elecciones municipales de Burrel representa una «doble victoria» en Albania, donde la brecha que separa el número de nacimientos de niños y niñas es alarmante. Son unos datos que simbolizan la dura realidad discriminatoria de la mujer en este país, una realidad muy extendida por todo el Mediterráneo. Las grandes mutaciones políticas y sociológicas que se están produciendo ofrecen a las mujeres una gran oportunidad para encontrar un espacio más justo en la sociedad y para crear verdaderas democracias.

En estos inicios del siglo XXI, los países mediterráneos viven unas mutaciones políticas y sociológicas fundamentales que tienen y, sin duda, tendrán consecuencias duraderas en el papel de las mujeres en la construcción de un espacio democrático de la región. Una región que sigue viéndose afectada por conflictos étnicos o políticos (los Balcanes, el Líbano, Israel, Palestina), tras décadas de regímenes dictatoriales basados en proyectos ideológicos distintos pero igual de represivos para los derechos humanos y los derechos de las mujeres (la España franquista, el Portugal de Salazar, la Albania aislacionista de Hoxha, los regímenes autoritarios surgidos del panarabismo o poscoloniales de Egipto, Siria, Libia, Túnez, Argelia y Marruecos).

En este contexto de grandes cambios, de transición económica y política, las mujeres han demostrado que quieren encontrar su propio espacio. Las organizaciones de mujeres, las periodistas y la sociedad civil en general saben que no hay que desperdiciar esta oportunidad, porque está en juego el futuro democrático de las orillas de esta zona rica en historia y cultura. Al mismo tiempo, saben que

nada se obtiene sin esfuerzo, que las tradiciones se siguen utilizando en contra de su emancipación y que incluso el concepto de democracia se puede instrumentalizar de manera perversa contra sus propios derechos.

En efecto, las mujeres, que a lo largo de la historia han luchado primero por la educación y luego por el derecho a votar, ¿pueden contentarse con la idea de una democracia reducida únicamente al sufragio? ¿Una constitución, unas elecciones, pueden ser el único garante del derecho fundamental de la mujer a convertirse en sujeto de la historia, y a no verse definida únicamente por estereotipos derivados de tradiciones ancestrales? Por otro lado, en un período de crisis económica que no tiene fronteras, las mujeres siguen siendo las primeras víctimas de la precariedad económica y se encuentran en situaciones de vulnerabilidad en los procesos migratorios, que pueden desembocar en la trata y la expansión de la industria del sexo. Pese a que las instancias internacionales y regionales han tomado conciencia de la violencia de género, la impunidad de la que siguen disfrutando con demasiada frecuencia en

todos los continentes los autores de estos crímenes constituye el obstáculo que impide a las mujeres convertirse de modo duradero en ciudadanas de pleno derecho.

No obstante, sería demasiado fácil reducir a las mujeres a la posición de víctimas. En efecto, ser mujer en Albania, Argelia, Francia, Marruecos, el Líbano, Italia y Egipto no es solo sinónimo de intolerancia, discriminación, violencia e injusticia, sino también de lucha por más derechos, más libertad, más democracia.

La democracia no puede existir sin mujeres. La verdadera democracia debe ser el reflejo de sus rostros, sus corazones, su dignidad, ya que han vivido, muchas veces en la penumbra y fuera de los focos mediáticos, los grandes cambios que han afectado a las sociedades, pese a la diversidad de situaciones, evoluciones ¡e incluso revoluciones! Por lo tanto, en este juego de claroscuros es donde surgen las mujeres símbolos que aparecerán en los titulares y se convertirán en modelos de los contextos políticos más contradictorios. Los ejemplos hablan por sí solos:

Una mujer con niqab a la cabecera de la cama de un herido como icono de las «primaveras árabes» fue la obra elegida por el World Press de 2011. Samuel Aranda tomó dicha foto el 16 de octubre de 2011 en una mezquita de Sanaa, en el Yemen, transformada en hospital de campaña durante los enfrentamientos con las fuerzas del presidente Saleh.

En octubre de 2001, se concedió el Premio Nobel de la Paz a la yemení Tawakul Karman, encarnizada adversaria de un presidente que simbolizaba las derivas autoritarias árabes desde las costas del Atlántico hasta las aguas del Golfo. Karman creó en 2005, junto con las liberianas Ellen Johnson Sirleaf y Gbowee Leymah,¹ el grupo para la defensa de los derechos humanos denominado Mujeres Periodistas Sin Cadenas, con el fin de salvaguardar ante todo la libertad de pensamiento y expresión.

Estas tres mujeres manifestaron la esperanza de que este premio «contribuyese a poner fin a la represión de la que siguen siendo víctimas las

mujeres en muchos países y a expresar el gran potencial que estas pueden representar para la paz y la democracia».

Albania también ha tenido el honor de ver cómo una de sus mujeres, portadora de esperanza, vida e inspiración, recibía el Premio Nobel de la Paz, ¡y uno de los más conocidos! La madre Teresa, una religiosa católica india de origen albanés, fue galardonada en 1979 por su compromiso caritativo con «los más pobres» de la India, donde fundó la congregación religiosa de las Misioneras de la Caridad, con la que emprendió por todo el mundo su misión en defensa de los más desfavorecidos. «De sangre, soy albanesa. De nacionalidad, india. De religión, soy una monja católica. En cuanto a mi vocación, pertenezco al mundo», escribió poco antes de su muerte en 1997, a la edad de 87 años.

Estas mujeres, que se han convertido en iconos de nuestra época y que han hecho de su vida una lucha por la dignidad, representan solo la punta del iceberg. Detrás de ellas hay millones de mujeres anónimas que luchan todos los días por lograr más libertad, más dignidad, más democracia, pese a unas situaciones sociales, políticas y culturales que a menudo constituyen un obstáculo para el camino que han elegido.

La situación de las mujeres sigue siendo el principal desafío de la democracia en todo el mundo, ya sea en países desarrollados, como Francia, como en países con democracias frágiles, como Marruecos y Albania:

Más de 120 mujeres murieron en 2012 en Francia a manos de su cónyuge. Según las últimas cifras oficiales, en Francia cerca del 2% de las mujeres han sido víctimas, en el espacio de dos años, de violencia física o sexual por parte de su cónyuge o ex cónyuge.

Al menos 23 mujeres murieron también en 2012 a consecuencia de la violencia doméstica en Albania, que solo tiene tres millones de habitantes. Según los datos de las organizaciones no gubernamentales, en Albania una de cada tres mujeres es víctima de la violencia.

1. Ellen Johnson Sirleaf es la primera mujer elegida presidenta en un Estado africano. Su compatriota Leymah Gbowee ha sido galardonada por su labor en la movilización y organización de las mujeres de todas las etnias y todas las religiones para poner fin a la guerra civil y garantizar la participación de las mujeres en las elecciones.

En Marruecos, un país de 32 millones de habitantes, casi seis millones de mujeres son víctimas de la violencia, en más de la mitad de los casos dentro del matrimonio, según datos recientemente proporcionados por el gobierno.

Entre privaciones, frustraciones y la condición de superioridad que el islam le reconoce al hombre, en Egipto las mujeres también son objeto de agresiones cotidianas. Ante el crecimiento de los extremismos religiosos y el retroceso de sus derechos, la libertad de las egipcias es más que nunca una lucha.

Como mujeres periodistas, guardamos en la memoria las imágenes difundidas por los medios de comunicación en la plaza Tahrir de El Cairo, cuando agredieron a la periodista de France 3 Caroline Sinz. La golpearon, la desnudaron, la arrastraron por el suelo y la agredieron sexualmente; la libertad de expresión e información de todas las mujeres que han elegido esta profesión está también en juego.

En un extremo de Bulak, el barrio de la prensa donde se encuentra la sede de los periódicos más importantes, seis salafistas ocuparon una peluquería y empezaron a proferir amenazas de muerte contra las mujeres que llevaban el pelo descubierto.

En un supermercado de Nasser City, unas mujeres que llevaban velo agredieron físicamente a las que hacían la compra con la cabeza descubierta. En Alejandría, unas bandas salafistas saquearon las playas y destruyeron las cabinas para disuadir a las mujeres de bañarse.

Son casos que nos llevan a hacernos preguntas. ¿Cómo van a poder acceder a la ciudadanía las mujeres cuando se ven hasta tal punto reducidas a la violencia, a su apariencia física, o a la obediencia de los dictados de la religión?

Al mismo tiempo, el turismo sexual y la trata de mujeres con vistas a la explotación sexual siguen creciendo en nuestra cuenca mediterránea, en plena mutación. Chipre sigue siendo un centro de redes criminales organizadas. Grecia, España, Croacia, Serbia, el Líbano y Albania son a la vez lugares de origen, tránsito y destino para mujeres, tratadas como puros objetos, destinadas a satisfacer una demanda masculina ligada a una visión arcaica de la sexualidad humana, de la que se benefician

a la vez la industria oficial del sexo y las redes transnacionales de delincuencia organizada. La mayor parte de los programas internacionales de prevención se centran principalmente en los países de origen. Y hay una cosa que se suele olvidar: este tipo de violencia es un tango a dos. Sin país de destino, no habría país de origen. Sin demanda, no habría oferta.

El 25 de noviembre de 2012 miles de personas se manifestaron en París contra la violencia de género. Ese mismo día y por el mismo motivo, varios cientos de personas se reunieron en Tirana para manifestarse en una marcha silenciosa. El 8 de diciembre de 2012, una cadena humana también protestó en Rabat contra la violencia machista y para decir que «los derechos de las mujeres son derechos humanos».

Lo mismo sucedió en otros lugares del mundo y el Mediterráneo. Este movimiento en contra de la violencia no se ha acabado aquí. En los sitios en los que pueden expresarse, las mujeres saben movilizarse.

Las mujeres y la democracia participativa

La democracia necesita a las mujeres para ser verdaderamente democrática, y las mujeres necesitan a la democracia para poder cambiar los sistemas que les impiden, a ellas y a las sociedades en general, alcanzar la igualdad (ONU/Mujeres y Democracia).

A través de la representación democrática se pueden defender los intereses de las mujeres y estas pueden hacer oír su voz. El artículo 7 de la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CDEF/CEDAW) reafirma la importancia de la representación de las mujeres en la vida política, social y cultural de sus países.

Las mujeres no ignoran lo que le deben a la democracia. Porque la democracia, para existir verdadera y activamente, debe derribar los muros de la propaganda y la manipulación, las barreras políticas, sociales y culturales. La democracia solo puede existir si es auténticamente paritaria y participativa.

El caso de Adelina Farrici: un hombre derrotado por una mujer

Un caso sucedido en Albania constituye un importante mensaje en este sentido para toda la sociedad albanesa. «Una maestra de Burrel, candidata de la oposición socialista, ha logrado arrebatarse la victoria de las manos de los hombres, que llevaban más de veinte años controlando la ciudad», explica, sonriendo, Tatjana Suka, habitante de Burrel. En efecto, Adelina Farrici, de 43 años, madre de dos niños, derrotó, por 3.658 votos contra 3.119, al alcalde saliente, Lleshi Skender, candidato de la derecha, que aspiraba a un cuarto mandato.

«Es una doble victoria, no solo política», comenta satisfecha Alisa Bengu, una joven estudiante. «Lo importante es que, tras largos años, ha logrado destronar a un hombre. ¡Es un verdadero triunfo! ¡Es el espíritu de una ciudad que se despierta!» Su elección representa, más que la victoria de una mujer de izquierdas para hacerse con el gobierno del municipio de Burrel, un auténtica ruptura con la mentalidad de esta ciudad del norte del país, donde se considera que el hombre es el único capacitado para gestionar los problemas administrativos, mientras que las mujeres suelen trabajar en el campo, dedicarse al cuidado de los niños y servir a sus maridos.

«El sitio de la mujer está en casa, no a la cabeza de un ayuntamiento», exclama Lulash Marku, ex empleado municipal, manifestamente descontento con este nuevo rumbo.

«Muy pocas personas creyeron en mi candidatura, muy pocos pensaban que yo sería capaz de ganar», explica Adelina Farrici, la nueva alcaldesa, profesora de matemáticas en una de las escuelas de esta pequeña localidad. «Vivimos en una sociedad dominada por los hombres, y para ganar hay que dar muestras de audacia y no dejar que los demás decidan nuestro destino.»

Esta elección adquiere de pronto una fuerte dimensión simbólica en un país donde las mujeres siguen estando poco representadas en el ámbito político. «Dedico mi victoria a las mujeres y niñas de Burrel, que esta vez se han sentido motivadas para ir a votar», dice Farrici. En efecto, en Albania, sobre todo en las regiones del norte, no es raro ver que el padre de familia decide y vota él solo por todos los miembros del hogar.

«Creo que las mujeres se identificaron conmigo, veían también un futuro para sus propias hijas. Si se atreven, lo lograrán... Este es el mensaje que transmito, y voy a luchar por él», dice. Pero Adelina Farrici afirma que también debe la victoria a su campaña, muy realista: «No quería hacer promesas que luego no pudiera cumplir, no quiero engañar a mi electorado.» Para ella, su elección es un auténtico desafío en una región donde las mujeres deben confiar la papeleta del voto a su marido.

Una práctica que ha llevado a varias organizaciones internacionales a organizar campañas que han sido muy criticadas, ya que en vez de animar a poner fin a las discriminaciones contra las mujeres más bien las han trivializado.

Adelina Farrici logró dar una verdadera dimensión ciudadana a su campaña electoral, lejos de los conflictos políticos e incidentes que empañaron la campaña y el escrutinio en varias regiones del país.

Pero en Albania la representación de las mujeres en la vida política sigue siendo baja y aún hay un buen trecho que recorrer. «De los 140 diputados que tienen escaño en el Parlamento, solo 23 son mujeres», explica Arta Sakja, responsable del departamento de comunicación de la cámara legislativa albanesa. Solo el 16%... a pesar de la ley que obliga a los partidos políticos a incluir un 30% de mujeres en las listas electorales. En las elecciones del 8 de mayo, solo 14 de los 872 candidatos fueron mujeres. Según los resultados preliminares, de 65 alcaldes, solo tres mujeres, candidatas de la izquierda, lograron ganar las elecciones.

Sin embargo, existe una creciente presión por parte de los grupos de mujeres, la sociedad civil, las instituciones estatales y las organizaciones internacionales presentes en Albania, a favor de la promoción de la igualdad de oportunidades. La opinión pública se da cuenta de que las mujeres son dignas competidoras de los hombres y de que son capaces de ganar.

La necesidad de la implicación de los medios de comunicación en estos temas

En una campaña organizada durante el periodo pre-electoral por la Organización para la Seguridad y la

Cooperación en Europa (OSCE) con el fin de sensibilizar a los votantes en contra del voto del padre de familia, un personaje femenino dice: «Esta casa la ha comprado mi marido, la vaca la ha comprado mi marido, el marido me lo ha dado mi familia, ¡el voto me lo ha dado la democracia!»

Pero surge una pregunta: ¿Para qué sirve «el voto dado por la democracia» si no es para liberarse de una realidad impuesta por los demás y que atenta contra los derechos fundamentales? ¿Para qué sirve el voto si no es ante todo para cambiar la situación en el interior de la familia y para transformar el contexto social, político y económico?

Una campaña de concienciación llevada a cabo a partir de estereotipos dificulta la participación efectiva de las mujeres en la vida pública y política y la puesta en marcha de unos mecanismos específicos que promuevan una mayor participación política de las mujeres.

Los derechos de las mujeres no debe ser instrumentalizados por las política del momento, y mucho menos pueden ser tomados como rehenes por las políticas de izquierdas y derechas para responder únicamente a criterios demagógicos.

La democracia exige que se derriben los muros de los prejuicios y que se establezca un nuevo ordenamiento jurídico para las mujeres, que se base en los convenios internacionales y que tenga en cuenta la realidad del entorno concreto y el necesario cambio de las mentalidades; y todo ello para que la ciudadanía plena de las mujeres y los hombres y la igualdad de oportunidades no sean un vano pretexto, sino que se vean en toda su complejidad. Incluida la demografía.

Las niñas no deseadas

Roza está en el cuarto mes de embarazo, pero afirma estar dispuesta a arriesgar la vida para no dar a luz a este bebé. «La última vez mi marido estuvo a punto de matarme; se puso así de violento cuando se enteró de que no iba a darle un hijo. Mi suegra también», dice esta mujer de 28 años, que no oculta su desesperación.

El futuro padre entra en la habitación y se entera de la noticia. No oculta su enojo, habla de echar del hogar a su mujer y sus hijas, e increpa al

médico: «¿Está seguro? En mi familia solo tenemos chicos...» Muchos médicos albaneses reconocen haber sido testigos de un incidente como este, al que hemos podido asistir. Este incidente refleja unas ideas tradicionales muy arraigadas todavía en la mentalidad del país.

La brecha que separa el número de nacimientos de niños y niñas se amplía en los países asiáticos, como China e India, que representan el 40% de la población mundial, o Pakistán o Vietnam, debido al infanticidio femenino y los abortos selectivos de fetos femeninos. Las ecografías, al permitir conocer (aunque sin total certeza) el sexo del feto, han incrementado el fenómeno tras extenderse desde la década de 1980.

No obstante, esta tendencia también existe en los países del Cáucaso (Armenia, Georgia y Azerbaiyán) y en Albania, según el Consejo de Europa, pero también en Montenegro, el Reino Unido y otros países ribereños del Mediterráneo, donde estas prácticas están más ocultas.

«Las familias albanesas tradicionalmente prefieren los niños a las niñas por dos razones principales: la perpetuación del apellido y la idea de que los niños, al llegar a adultos, serán el sostén de la familia», señalaba en 2005 un informe elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

«Una niña se percibe a veces como una pesada carga», especialmente en determinadas zonas rurales, confirma la antropóloga Aferdita Onuzi.

La Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa (APCE) se alarmó el mes pasado ante las «inquietantes proporciones» que ha alcanzado la diferencia entre el número de nacimientos de niños y niñas en este país.

La ratio natural es un promedio de 105 niños por cada 100 niñas. Sin embargo, en Albania, en la actualidad se sitúa en 112 niños por cada 100 niñas, según indica la parlamentaria suiza Doris Stump en un informe publicado en octubre. Unas cifras negadas por las autoridades albanesas, que hablan de una tasa de 100 niñas por cada 101 niños.

El aborto, legalizado en Albania en vísperas de la caída del régimen comunista a principios de la década de 1990, está permitido hasta la duodécima semana de embarazo. Se necesita un informe firmado por tres médicos para un aborto terapéutico,

que en principio se reserva a los casos de anomalía fetal o peligro para la madre.

Desde 2002, la legislación específica que está prohibida la selección prenatal en función del sexo, explican las autoridades albanesas. No obstante, Doris Stump lamenta que no se contemple ninguna sanción para castigar las infracciones de la ley.

En los hospitales «todo está estrictamente controlado», afirma el ministro de Sanidad de Albania, Petrit Vasili. El ministro asegura que la preferencia por los varones se manifiesta sobre todo en las zonas rurales, pero que «no ha influido para nada en la demografía albanesa».

«Algunos de estos abortos se practican en clínicas privadas o, a veces, se llevan a cabo por parte de personas que no tienen permiso para hacerlo», admite Rubena Moisiu, directora del hospital especializado en obstetricia Koço Glozheni de Tirana. Moisiu preferiría que los médicos no revelaran a los padres el

sexo del niño. Una ecografía está al alcance de todo el mundo por 15 euros, mientras que un aborto en una clínica privada cuesta 150 euros.

En una resolución adoptada tras el informe de Doris Stump, la APCE pidió a Albania, Armenia, Azerbaiyán y Georgia, miembros del Consejo de Europa, que investigasen «las causas y razones» de este fenómeno y recopilaran datos «fiables» para estudiarlo con mayor profundidad. En efecto, Doris Stump lamenta que los datos sean aún insuficientes.

También se ha hecho un llamamiento a estos cuatro países para que conciencien a la opinión pública y a la profesión médica sobre el tema. Según los expertos, el desequilibrio entre hombres y mujeres afectará a la demografía, provocará un retroceso de la natalidad, promoverá la trata de mujeres y causará insatisfacción y violencia entre los hombres que no encuentren con quien casarse.

Dando voz a las mujeres del Mediterráneo

Tona Gusi. Periodista, España

La Red Mediterránea de Información y Comunicación con Visión de Género, creada en 2007 para dar más visibilidad a las mujeres en los medios, es fruto de un largo proceso llevado a cabo por las periodistas del Mediterráneo. Es desde 1992 que estas mujeres organizan encuentros con el objetivo de romper el «muro de desconocimiento» entre ellas y luchar contra un periodismo todavía sexista.

La visión de género en el periodismo: medios, observatorios y universidades

La Red Mediterránea de Información y Comunicación con Visión de Género está realizando desde las II Jornadas de Periodistas de la Mediterránea celebradas en Barcelona en octubre de 2007, y tras algunas experiencias anteriores (Siracusa, 1991, Barcelona, 1995), un trabajo coordinado en red para conseguir que los medios generalistas, especializados y alternativos de ambas riberas del Mediterráneo superen el tratamiento androcéntrico en sus informaciones.

El foco de nuestro tratamiento informativo lo situamos en el periodismo con visión de género, dando

voz y visibilidad a las mujeres, a sus trabajos, a sus logros y aspiraciones puesto que es la única manera de desarrollar un periodismo más democrático (las mujeres no somos un sector o un colectivo de la sociedad, somos la mitad o más bien la mayoría de la sociedad).

Las mujeres no están representadas con equidad en los medios (solo lo están en un 24%, tal y como demuestra el Proyecto Monitoreo Global de Medios (GMMP) de WACC, 2010). Hay pues que visibilizarlas como protagonistas y como fuentes de las noticias, recuperando así la profesionalidad del reportaje, indagando y trabajando con la mayor diversidad posible de fuentes, para hacer, en definitiva, «un buen periodismo».